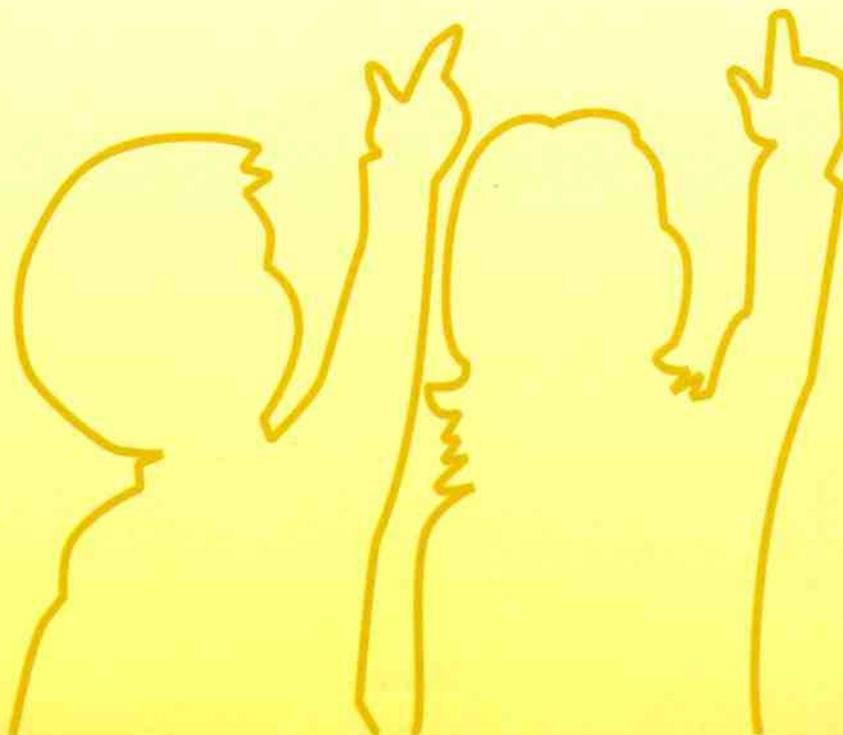




HISTORIAS Y DIÁLOGOS PARA LEER

Gabriel Castillo Inzulza



PROGRAMA DE ASEGURAMIENTO DE LOS APRENDIZAJES BÁSICOS



HISTORIAS Y DIÁLOGOS PARA LEER

Gabriel Castillo Inzulza

PROGRAMA ASEGURAMIENTO DE LOS APRENDIZAJES BÁSICOS

Gabriel Castillo Inzulza

Representante Legal

Editor Responsable

Imprenta

Historias y Diálogos para Leer

Violeta Arancibia Clavel
Jefa del Centro de
Perfeccionamiento,
Experimentación e Investigaciones
Pedagógicas (CPEIP)
Ministerio de Educación.

Ana María Cañas Lagos

GRÁFICA LOM
Concha y Toro 25, Santiago

CPEIP, Casilla 18, Correo 52,
Lo Barnechea.
Camino Nido de Águilas N° 14557,
Lo Barnechea.
Teléfonos: 4881708, 4881715
Fax 4881746
E-mail: cpeip@mineduc.cl
www.mineduc.cl
Centro de Perfeccionamiento,
Experimentación e Investigaciones
Pedagógicas
Lo Barnechea, Santiago,
Chile, 2011

ÍNDICE

	PÁGINA
PRESENTACIÓN	1
EL BANDIDO Y EL NIÑO	2
EL HOMBRE QUE SALUDABA A LOS ÁRBOLES	6
LA TAREA DE LA INDEPENDENCIA	9
LA BANDERA DE DON IGNACIO	18
EL VELA	24
HORACIO	27
CAMPANA	30
NEBLINA, EL PERRILLO QUE VOLVIÓ DEL CIELO	32
LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ	39
EL SILENCIO DE JUAN	48

PRESENTACIÓN

Los materiales con que nuestro programa hace sus planteamientos sobre el trabajo en las escuelas incluyen, en ocasiones, textos dramáticos o textos narrativos que le sirven de base a su propuesta de educación.

Cuando se han trabajado estos materiales en los cursos con directivos y docentes escolares se ha escuchado a menudo, el deseo insistente de que esas historias, al menos las más valoradas por ellos, se las reúna en un texto especial y les sean enviadas a sus lugares de trabajo y, si ello no resultara posible, les sean entregadas en los cursos a los que más adelante serán invitados.

La actual publicación busca atender esa demanda y lo único que anhela es que ella satisfaga la necesidad de quienes la solicitaron. Y, como siempre, declara la esperanza de que el espíritu de las lecturas entregadas pueda, de algún modo, entrar, y ojalá quedarse, en el alma de quienes las requieren para mejor vivir su trabajo diario con los niños.

EL BANDIDO Y EL NIÑO

Dimas, uno de los más celebres bandidos del desierto, ha sido apresado y condenado a crucifixión. Está en la cruz junto a otros dos malhechores y se le ve dispuesto a cumplir la palabra que ha dado de enfrentar la muerte sin temor alguno. Pero, su mirada, hasta ahora perdida, súbitamente se inquieta. Es que el viento le trae un aroma que ya ha sentido antes. Es un aroma maravilloso y exquisito. Como si se hubieran vaciado las resinas más ricas de los bosques o se hubiesen abierto de golpe todas las flores.

Está buscando una luz para esclarecer la caverna que sirve de guarida a la banda, cuando sus compañeros le traen a un hombre, una mujer y un niño que han aprehendido al intentar cruzar el desierto.

- Les he dicho que no tomen gente pobre. Grandes señores, mercaderes; pero no personas como éstas que llevan tan escasas pertenencias.

- Parecen pobres. Pero, ¿qué pobres querrían abandonar la ciudad en la noche? ¿Y por qué ese perfume tan rico de sus vestidos?

- Señora, no tenga temor. Pero es verdad que el aroma que usted lleva es del todo nuevo y distinto.

- Puede ser el agua y el aceite para lavar al niño.

- ¿Me permite, tomar, un instante, al pequeño? ¡Qué hermoso es, señora, cuán serenos son sus ojos! Así me gustaría tener un hijo. Éste irá tal vez para señor. Conmigo, habría sido un bandido. Pero yo lo habría cuidado y seríamos felices los dos.

La señora sonrío. El hombre, el padre quizás, hace un gesto de preocupación.

- No tengan miedo. Me gustaría quedarme con el niño. Es verdad. Pero no se los quitaré. Los acompañaré para que no sean atacados por otros ladrones.

Más de 30 años han pasado y aquella antigua fragancia se levanta otra vez en el viento.

De pronto, mira hacia abajo. Allí está la mujer de antaño. Ha pasado el tiempo ciertamente; pero es la misma belleza y la misma suavidad de los quince años. Hasta el manto celeste parece ser el mismo.

Desde la cruz la llama: "Señora..."

La señora lo mira.

Al cabo de un silencio:

- ¿Y el niño? ¿Dónde está, señora, el niño?

Ella no responde. Con la mano y la cabeza le señala la cruz vecina.

Dimas mira hacia su lado y un dolor agudo lo traspasa. Allí está el niño. Sin duda que es él. Aquellos ojos serenos son los suyos. Pero ahora es un hombre de alrededor de 30 años, herido, desgarrado, sufriente.

El bandido no se contiene.

- Hijo, por Dios, ¿cómo pudieron hacerte esto? Si te hubieras quedado conmigo no te habría pasado nada pues yo habría quemado el mundo antes de que te aprehendieran. Tú no me conoces a mí; pero yo a ti te conozco desde que eras de días. Te he echado siempre de menos. Y ahora, te encuentro en la situación más triste que nunca pude imaginar. Niño mío, soporta este terrible dolor de la cruz. Yo estaré a tu lado.

El hombre crucificado junto a Dimas vuelve la cabeza:

- Estarás siempre conmigo.

Después el silencio. Un cansancio infinito cae sobre Dimas y se borran las figuras de las cosas.

Y de pronto no siente más dolor. Al contrario. Se ha levantado en él una agilidad y una alegría indescriptible. Aquel aroma que sintió una vez en el desierto y después en

la cruz surge de nuevo de todos los espacios. Ya no está en la cruz. A su lado el niño del pasado saluda sonriente a una multitud innumerable que lo acoge.

- ¡Hemos sido liberados! Prorrumpe el bandido. Bien decía yo, cuando te conocí tan pequeño, que tendrías que ser el hijo de un rey.

Un señor amable y alegre abraza estrechamente al recién llegado. Acoge luego al ladrón:

- Soy Dios Padre, el Padre de Jesús. Tú eres Dimas. Te agradezco mucho el cuidado y el cariño que tuviste con mi hijo.

- ¡Usted es el padre del niño!

- Sí. Y también tu padre.

- ¿Dios con un hijo ladrón?

- Tengo hijos peores. Es la parte más difícil de la paternidad el que los hijos no te salgan como tú quieres.

- Pero para usted, todos son hijos y punto.

- Todos son hijos y punto.

- Qué lamentable no haberlo sabido antes. A los veinte años, cuando otros se mueven en un mundo de sueños, yo ya había dejado de soñar...

- Pero entonces llegó hasta ti la esperanza.

- ¡Sí! El aroma, el niño. Por eso fue tan hermosa e inolvidable aquella noche.

- Pero, en la cruz, ya habías comenzado a pensar en la inutilidad de tu vida.

- Es verdad. En eso pensaba. Felizmente sentí aquel aroma indecible de la primera vez. Y volvió a surgir la dulzura de aquella noche primera. En medio del más horrible tormento, algo como una luz o como una miel empezó a encenderse dentro de mí. No sólo es tierra la tierra. Es también cielo.

Padre, déjeme ir a la tierra a explicar esto. No todos lo saben.

- ¿Acabas de llegar y ya quieres abandonar el cielo?

- No lo quiero abandonar. Como el niño lo hizo conmigo, yo quiero llevar, a otros, pedazos de cielo.

- Hay muchas personas que están ahora, en eso. En cada tiempo habrá seres humanos que llevarán el cielo a la tierra. Al fin, el propio Jesús irá otra vez.

- No. Que no vaya. Lo matarán de nuevo.

- No morirá. Irá, justamente, a acabar con la muerte.

- Como sea, que no vaya solo. Déjeme ir con él. Yo entiendo de reclutar gente. Hacemos una banda y nos dejamos caer sobre la tierra.

- Está bien. Pero no hablemos de esto por ahora. Vamos a encontrarnos con Jesús. Vamos a compartir su alegría.

Fueron hasta Jesús que estaba rodeado de gente. Al ver a Dimas, Jesús empezó a presentarle a las personas que estaban más cercanas.

Dimas saludó a las personas; pero, luego se vio que su interés estaba en otra parte. Porque, mientras iba saludando a la gente, a veces se detenía ante una persona, la miraba atentamente de pies a cabeza, y luego tomaba una determinación: "Tú servirías".

EL HOMBRE QUE SALUDABA A LOS ÁRBOLES¹

La tarde en que llegó Juan a Fuente Clara, sus familiares y amigos le tenían la misma novedad: "Está de paso, en el pueblo, un forastero que dice llamarse Manuel. Los datos que se han recogido sobre él indican que es un hombre bueno, limpio, ordenado, atento con las personas y que trata bien a los animales, pero se le critica una costumbre extraña: saluda y conversa con seres que ni saludan ni conversan, que, si se les habla, no hacen nada, no pueden contestar: habla con las casas, con el camino, con los árboles, con el río. A quienes más saluda, a quienes más les habla, es a los árboles."

"Bonito", comentó Juan.

¿"Bonito"? -cuestionaron los informantes. "¿Tú dirías que estaba haciendo algo bonito un hijo tuyo al que sorprendieras hablando como cinco o más minutos con el álamo viejo que está cerca del río o con el aromo que se encuentra en la plaza o con el almendro al lado de la iglesia?"

"Bien", respondió Juan. "Lograron despertar mi curiosidad. Mañana trataré de conversar con el forastero, mañana conversaré con Manuel."

"Antes del mediodía", le advirtieron. "Se va mañana."

"Antes del mediodía", aseguró Juan.

Al otro día se acercó Juan a Manuel y, al ver su buena disposición a conversar, le expresó: "Quiero hacerle una pregunta. ¿Usted saluda de un modo especial a los árboles?"

Respondió el forastero: "Tal vez yo no saludo como debiera a las personas, tal vez yo no saludo como debiera a los animales, a las cosas."

¹Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo en qué consiste el cuidado de la vida", CPEIP, 2003, Santiago, Chile.

“No, corrigió Juan, usted hace todo eso bien. Pero he sabido que usted ha tenido una atención especial con los árboles, particularmente con el álamo viejo cerca del río, con el almendro que crece al lado de la iglesia, con el aromo que está en la plaza.”

“En eso tiene razón, usted”, aceptó Manuel. “Cuando muy niño yo viví aquí. Yo quiero a este pueblo, al pueblo entero, a la gente, a los animales, a las casas, a las calles, a los caminos, a las plantas, a los árboles. Y quiero más a los que estaban aquí cuando yo aquí vivía, las personas de antes, las casas de antes –animales de antes ya no quedan-, las piedras de antes, el puente de antes, los caminos, el río y los árboles de antes.”

Le indicó Juan: “El álamo viejo, -por algo lo llaman así- es un árbol viejo, también parece ser viejo el aromo; pero el almendro tiene cara de árbol más joven.”

“Sí”, contestó Manuel. “El álamo y el aromo son de antes; el almendro es más nuevo, pero es hijo del almendro de antes.”

Añadió: “El álamo me protegió mil veces de la lluvia y del sol. Al sentir ese movimiento suave, fino y constante de sus hojas, yo recordaba unos versos que recitaba mi tata:

*¿El álamo es más altivo
y gime constantemente.*

Yo leía que el álamo es un ser dulce; pero, al mismo tiempo es firme, bueno, generoso.”

“Bonito”, acotó, otra vez, Juan (parece que le gustaba esa palabra). “¿De dónde sacaría esos versos el tata?”

“Según mi tata, señaló Manuel, así decía un gaucho que se llamaba Martín Fierro.”

“En cuanto al almendro, no puedo olvidar que, aun adentro del invierno, sacaba unas flores blancas, rosadas, que me avisaban que ya vendría el tiempo en el que todos

² José Hernández, Martín Fierro, Segunda Parte, La vuelta de Martín Fierro, Tercer conjunto de estrofas.

los árboles y todos los pastos florecerían, que la primavera volvía de nuevo.”

“¿Dijo algo sobre el almendro el tata?”, bromeó Juan.

“Sí”, contestó Manuel. “Él afirmaba que la vara que indicaba la autoridad de Aarón, el hermano de Moisés, era justamente una vara de almendro.”³

“En cuanto al aroma, usted no puede imaginar lo que le pasa a un niño en una mañana de invierno, cuando todo está oscuro y frío, y, de pronto, se abre una llamarada, una suerte de sol que lo ilumina todo. (A Juan) Yo sé, por su cara, que me va a preguntar si mi tata dijo algo sobre el aroma. No. Aquí la palabra la tiene Pablo Neruda:

*4Iba por San Jerónimo
hacia el puerto
casi dormido cuando
desde el invierno
una montaña
de luz amarilla,
una torre florida
salió al camino y todo
se llenó de perfume.
Era un aroma.*

Después de esto, sin decir más, Manuel abrazó fuertemente a Juan y le dijo: “Yo le pido a usted que, durante la semana, vaya a ver al álamo viejo, cuide que le llegue el agua de la acequia, que no le rompan sus ramas, que no lo ataque el quintral. Y háblele, que no se sienta solo. Y agradézcale su acción de lavar el aire que, a todo el pueblo, le va a ser entregado.”

“Así lo haré”, prometió Juan.

Manuel levantó su mano en despedida y se fue. Juan no atinó a más que a mirarlo partir.

³ Biblia de Jerusalén, Números 17, 16 al 23 incluido.

⁴ Pablo Neruda, Oda al Aroma, Tercer Libro de las Odas.

LA TAREA DE LA INDEPENDENCIA⁵

Personajes según orden de aparición:

- **Francisco**
- **María**
- **Hugo**
- **Teresa**
- **Leonardo**

Francisco: ¿Estamos todos?

María: Todos.

Francisco: Cada uno informe sobre lo que ha investigado.

Hugo: Yo tenía la tarea de revisar el diccionario. Consulté nada menos que el de la Academia de la Lengua.

Francisco: Bien. ¿Qué anotaste?

Hugo: Entendí poco. Así que lo copié tal cual para ver si aquí lo aclaramos: "Independencia. Cualidad o condición de independiente."

Teresa: Quedamos igual.

Francisco: Esperen. Que lea todo, primero.

Hugo: "Libertad..."

Teresa: ¿Libertad?

⁵ Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo lo que se celebra el día de la independencia", CPEIP, 1997, Santiago, Chile.

Hugo: Estoy leyendo lo que dice el diccionario sobre la palabra "independencia". Primero dice: "Cualidad o condición de independiente". Inmediatamente después, agrega: "Libertad".

Teresa: ¿Hay algo más?

Hugo: "Libertad, autonomía y..."

Leonardo: ¿Autonomía?

Hugo: Consulté "autonomía". Es lo mismo que "independencia". Leo otra vez: "Libertad, autonomía, especialmente la de un estado que no es tributario ni depende de otro". También vi "tributario": "que paga tributo o está obligado a pagarlo". Tributo es impuesto, dinero.

Teresa: No es gran cosa lo que se entiende.

Francisco: ¿Trae algo más el diccionario sobre la palabra "independencia"?

Hugo: Sí. "Entereza, firmeza de carácter".

Teresa: No tiene nada que ver.

Francisco: Guardemos el texto de la definición de independencia. Nos puede servir. Lo que nos queda claro es que independencia es no depender de otro. Veamos, ahora, lo que investigó Teresa.

Teresa: Yo tenía que averiguar qué hecho se recuerda el día de la independencia. Bueno, el día de la independencia se celebra el primer gobierno nacional, el primero que es constituido por la propia gente del país.

Hugo: ¿Ese día, fuimos ya independientes?

- Teresa:** No. La independencia no se obtuvo de una sola vez. Hubo que seguir más tiempo luchando por ella.
- Francisco:** Es muy bueno lo entregado por Hugo y Teresa. Veamos lo que nos trae María.
- María:** A mí y a Leonardo nos tocó averiguar qué significaba hacerse independiente, independizarse, no depender de otro. Yo hablé con mi mamá. Ella me dijo que cuando yo estaba adentro de ella, antes de nacer, era enteramente dependiente. Que, cuando nací, fue mi primera acción de independencia.
- Hugo:** Pero, ¿qué tiene que ver esto con la independencia del país?
- Francisco:** Tú hiciste un buen trabajo con el diccionario. Teresa averiguó bien el hecho que se celebra en el día de la independencia. María y Leonardo tenían la misión de averiguar qué significaba hacerse independiente. Veamos lo que nos traen.
- Hugo:** ¿Pero cómo va a ser independiente un recién nacido? Es totalmente dependiente de su madre.
- María:** También le dije eso a mi mamá. Pero ella me contestó que vivir separado de la madre indicaba más independencia que vivir pegado a ella, adentro de ella. Me explicó que mientras uno iba creciendo iba haciéndose más independiente. Cuando un niño puede comer solo o vestirse solo son indicaciones de que va independizándose.
- Hugo:** Claro. Me acuerdo de la primera vez que me solté de la mano de mi papá para cruzar un camino.

María: Mi mamá dijo que, cuando tuviera quince años, iba a independizarme más de ella todavía. Y que después, más grande, iba a ser todavía más independiente.

Ella dice que mientras va uno creciendo va pasando desde muy dependiente, a más independiente. Dice que independizarse es algo normal. Que le apena que yo me independice de ella; pero que entiende que tengo que aprender a vivir sin depender.

Leonardo: Lo que yo traigo se parece a lo de María; pero no es igual. Yo hablé con don Mario, el dueño de la panadería.

Él me explicó que tener independencia era atreverse a no fumar cuando los demás le ofrecían, a uno, un cigarrillo; era ser capaz de decir que uno no estaba de acuerdo cuando un grupo de niños quería lanzar piedras a una casa.

Me contó de un señor de otro país, de un apellido bien raro, que fue Premio Nobel de la Paz, que es famoso en todo el mundo porque dedicó su vida a cuidar de un pueblo muy pobre en África. Me dijo que este señor, cuando era niño, iba con otros compañeros a matar pájaros. Y que, de repente, se dio cuenta de que no quería matar pájaros. Y, a pesar de las burlas de sus compañeros, no siguió con los demás niños y se volvió a su casa. Don Mario me dijo que eso era tener independencia. Era atreverse a seguir la conciencia aunque los demás hicieran burla de uno.

Francisco: ¿No anotaste el nombre del señor Premio Nobel de la Paz?

- Leonardo:** No. Don Mario me lo escribió en un papel; pero lo encontré tan difícil que no lo quise traer.
- Francisco:** ¿Puedes ir después a buscarlo? Por raro que sea su nombre hay que anotarlo. Nosotros podemos decir que no lo sabemos pronunciar; pero el nombre hay que tenerlo. ¿Quién va a tomar en serio lo que digamos de un señor del que no sabemos su nombre? Aquí te faltó lo que te decía don Mario. Aunque se rían de nosotros por no saber pronunciar un nombre extranjero, igual tenemos que escribirlo en la pizarra.
- Leonardo:** Está bien; más rato iré a buscarlo.
- Hugo:** (A Francisco) ¿Y tú que hiciste?
- Francisco:** Mi tarea consistió en descubrir la relación entre independencia y amistad.
- Hugo:** ¿De qué trata eso?
- Francisco:** Es lo que quiero informar: cuando uno se independiza, se independiza de alguien, de algo. Nuestro país se independizó. Como el colonizador no aceptó nuestra independencia, entramos en guerra. En la guerra, siempre hay crueldad. La gente se odia. Cuando la guerra termina, la enemistad sigue. Pero hay que llegar a ser amigos del país del que nos independizamos. Porque lo que uno quiere es no depender. No es que desee ser enemigo de otro.
- María:** Lo mejor sería poder independizarse sin pelear. O pelear un poco y volver a ser amigos. Así nos independizamos de nuestros padres.

- Francisco:** Todos los países de América estuvieron un tiempo sometidos al dominio extranjero. Pelearon por su independencia; pero ninguno es, ya, enemigo del colonizador. Sentimos amistad por él.
- María:** De los padres uno también se independiza; pero sin pelear.
- Hugo:** Algunos. Piensa en Orlando que los padres no le dan permiso para nada.
- María:** Sí. Pero la mayor parte de los hijos, por grandes que sean, vienen siempre a ver a sus padres.
- Hugo:** Eso sí. ¿De esto se trata el trabajo de Francisco?
- Francisco:** Bueno. Este era mi tema. Cuando un pueblo o una persona lucha por su independencia, no lo hace por odio a aquel de quien depende. Lo hace por la necesidad de ser libre, de hacer su propio camino.
- Hugo:** ¿Con todo lo que hemos traído tenemos suficiente material? ¿O falta algo?
- Francisco:** Yo lo hallo bien. Ahora hay que armarlo. ¿O no estás contento con lo que hemos hecho?
- Hugo:** Es que yo hice el trabajo más inútil, el del diccionario.
- Francisco:** Al principio puede haber parecido inútil. Pero ahora no, porque nos va a permitir que ordenemos lo que hemos investigado.
- No me acuerdo de memoria de tu definición. Pero tú leíste: "Cualidad o condición de independiente, libertad,

autonomía". Ahí queda claro que no es pelea, no es enemistad; es querer uno hacer las cosas y no que le manden todo. Aquí encaja lo que nos contó, Teresa, del primer gobierno nacional y lo que nos informó, María, de la conversación con su madre.

Después, tú hablaste de algo así como "firmeza de carácter". ¿Te acuerdas que creímos que esto no servía para el trabajo?

Leonardo: Sin embargo, de eso me habló don Mario. Así que no está de más. También entra en la idea de independencia.

Hugo: Pongámonos a ordenar, todo, entonces.

Leonardo: Yo voy y vuelvo.

Hugo: Nada de sacar la vuelta al trabajo.

Leonardo: No. ¿Te acuerdas que no anoté el nombre raro que tenía ese señor, Premio Nobel de la Paz, que, cuando niño, mostró su independencia negándose a matar pájaros? Voy a buscar el nombre. Lo traeré escrito con letras de imprenta y así, tal cual, lo anotaré después en la pizarra.

Francisco: Y ojalá que, también, aprendas a pronunciarlo.

Leonardo: Lo haré. Me costará; pero lo haré.

Francisco: Mientras tanto, ordenemos: ¿Qué significa "Independencia"?

Hugo: No depender de otro, ser libre, atreverse a decidir por uno mismo.

Francisco: ¿Qué se celebra el día de la Independencia Nacional?

- Teresa:** La constitución del primer gobierno nacional, del primer gobierno decidido por el propio país.
- Francisco:** ¿Qué lleva a los hijos a independizarse de los padres?
- María:** Su necesidad de crecer, de hacer su propia vida.
- Francisco:** ¿Se puede ser independiente y ser amigo de la persona o del país del que se ha independizado?
- María:** Naturalmente. Uno se independiza por necesidad, no por odio a otro. La amistad entre dos seres libres es mejor.
- Francisco:** ¿Qué significa que una persona actúe con independencia?
- María:** Que actúe como él piensa que debe hacerlo y no por lo que digan los demás.
- Francisco:** Ahora está todo el trabajo listo.
- Leonardo:** (Entrando) ¡"Chuáitzer"!
- Hugo:** ¿Qué?
- María:** Debe ser el nombre del señor que obtuvo el Premio Nobel de la Paz.
- Teresa:** El que no quiso matar pájaros.
- María:** No. El que, cuando niño, iba con otros niños a matar pájaros por no atreverse a decidir por sí mismo. Pero que se decidió a no matar y se apartó de sus compañeros aunque se burlaran de él.
- Leonardo:** Se pronuncia algo así como "Chuáitzer». Pero, se escribe de esta manera: "SCHWEITZER".

Francisco: ¿Este es su nombre o su apellido?

Leonardo: Su apellido. Su nombre es Albert, Alberto. Me encontré aquí a la salida con don Mario. No le pregunté más porque iba muy apurado.

María: Pero estuviste muy bien. Ahora está completo nuestro trabajo.

LA BANDERA DE DON IGNACIO⁶

Actores por orden de aparición:

- **Ana**
- **Bernardo**
- **Eulogio**
- **Danilo**
- **Carolina**

La acción transcurre en cualquier lugar: una calle, una plaza, la pieza de una casa.

Ana: ¿Qué les pareció lo de don Ignacio?

Bernardo: Me impresionó ver al papá de Egidio, con Egidio y Lalo, hacer entrega de una bandera a don Ignacio. Pero no entendí mucho por qué don Ignacio lloraba y tocaba con sus manos la cabeza de los niños.

Ana: ¿Y no escucharon lo que dijo el director?
¿Y lo que contó el papá de Egidio?

Bernardo: Me impresionó lo que contó el papá.

Eulogio: Cuando estaba en Inglaterra, trabajando, un día vio un desfile de deportistas de nuestro país. Traían la bandera nacional. Cuando la divisó, corrió por entre la gente y se abrazó a la bandera.

Ana: Pero lo que dijo...

⁶Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo lo que significa amar la bandera nacional", CPEIP, 1997, Santiago, Chile.

- Bernardo:** ...lo que él vio en la bandera. Tú, Ana, lo recuerdas mejor.
- Ana:** Dijo algo así: "No vi sólo la bandera. Vi a mi madre y a mi padre, y a mis hermanos, y a mis amigos, y a mi casa y mi barrio. Y a los paisajes y árboles de mi país. Y a su cielo. Y vi a los héroes de mi patria. Y vi a los obreros en las fábricas. Y a los campesinos arando la tierra. Y a las madres con los niños llegando a las escuelas. Y a los panaderos haciendo el rico pan de mi pueblo."
- Eulogio:** ¡Qué tienes buena memoria!
- Ana:** Es que me llegó mucho lo que dijo. Además, permite entender que el papá comprendió muy bien la pena de don Ignacio.
- Bernardo:** La bandera se notaba que era vieja y desteñida. Si no hubiera estado tan limpia y tan doblada, yo habría jurado que era la misma que don Ignacio ponía en su casa en el día de su país.
- Ana:** Era la misma. Pero me doy cuenta de que ustedes desconocen todo lo que pasó.
- Danilo:** Yo sé una parte. Lalo y Egidio andaban disparando con su rifle. Este dispara unos proyectiles muy pequeños, pero que igual hacen daño. Vieron la bandera de don Ignacio y le dispararon.
- Eulogio:** No querían mucho a don Ignacio.
- Danilo:** No creo que lo hayan hecho por molestar. No se dieron cuenta de lo que hacían, no más.
- Eulogio:** ¿Y qué hizo don Ignacio?

- Danilo:** Sacó la bandera. Y, cuando la vio con los hoyos hechos por los perdigones, se puso a gritar y a contarle, a todo el mundo, lo que le había pasado. Ahí le aconsejaron que hablara con la mamá de los niños y con el director de la escuela.
- Eulogio:** ¿Y qué pasó?
- Danilo:** Hasta ahí me sé yo la historia.
- Eulogio:** Sé que el papá de Egidio y el profesor del curso quisieron mandar a hacerle una bandera nueva.
- Carolina:** Pero don Ignacio no aceptó. Dijo que su bandera la había traído de su país cuando se vino a América. Que tenían que arreglarle su bandera y no regalarle otra.
- Ana:** Después sucedió lo que ustedes vieron. La señora Lastenia zurció y zurció la bandera hasta dejarla igual que antes. El director decidió que la reparación del mal hecho por Lalo y Egidio se realizaría delante de la escuela.
- Bernardo:** Fue molesto eso para ellos.
- Ana:** Al comienzo. Pero, después entendieron que era mejor así. El papá había ido con los dos hijos a hablar con don Ignacio y terminaron siendo muy amigos. Don Ignacio le regaló a Egidio una figura muy bonita que era de su país.
- Eulogio:** ¿De qué país es?
- Ana:** Eso no lo he entendido bien. Pienso ir con Egidio y Lalo a conversar con don Ignacio. Ahí hablaremos de eso y de muchas cosas.
- Los demás:** Nosotros también vamos.

Ana: Ningún problema. De un caso triste, ha resultado un bonito final.

Eulogio: ¿Pero no creen que don Ignacio actuó con exageración?

Danilo: Nosotros somos chicos todavía. No entendemos lo que le pasa a un grande cuando le agravian su bandera.

Ana: Mi padre dice que ninguna ofensa puede ser más grande para un hombre que una ofensa a su bandera.

Bernardo: Es como ofender a su madre.

Carolina: Más todavía. También al padre, a los hijos.

Ana: Y a los abuelos. Y a los abuelos de los abuelos.

Danilo: A todo el país, entonces.

Ana: A todo el país.

Eulogio: Si alguien ofende la bandera de mi país, ¿ofende a todo el territorio, a toda la gente?

Ana: Y al idioma que hablamos y a las cosas en que creemos.

Bernardo: Y a los gustos que tenemos.

Carolina: Y a las fiestas que celebramos.

Ana: Es lo que dijo el papá de Egidio.

Eulogio: Ahora entiendo bien al pobre don Ignacio. Él quería su bandera vieja porque la había traído de su tierra. La vería y recordaría el aire de su país, el cielo, las costumbres...

- Ana:** ...todo lo que ellos son. Todo lo que tienen. Todo lo que quieren.
- Eulogio:** Una cosa aparte, ¿sabían ustedes que la bandera nuestra salió primera en un concurso de banderas?
- Bernardo:** ¿De dónde sacaste eso?
- Eulogio:** Don Arsenio, lo contó, el de la lechería.
- Ana:** Tú todavía, pareces no entender. ¿Qué más da que se haga o no se haga un concurso de banderas? ¿Qué más da que nuestra bandera salga primera, segunda o última? ¿Recuerdas a don Ignacio cuando le devolvieron, limpia y entera, su bandera y la besaba una y mil veces? ¿Tú crees que él estaba pensando en el lugar que había ocupado su bandera en un concurso?
- Eulogio:** No, pues. La besaba porque era su bandera.
- Carolina:** ¿O sea, según tú, la bandera que simboliza mi país, mi patria, es la más hermosa de todas?
- Ana:** Para mí no hay ninguna como ella. Porque es ella, y no otra, la que me habla de mi patria.
- Eulogio:** Podríamos decir que Egidio y Lalo hicieron algo muy malo cuando ofendieron la bandera de don Ignacio. Ellos nunca habrían hecho eso mismo con la bandera nuestra.
- Ana:** Pero también ofendieron nuestra bandera. Porque la bandera nuestra representa lo que somos. Y no somos ni insolentes ni destructores. Somos respetuosos, amistosos. Cuando la gente de otro país ve nuestra bandera sabe que

ella representa a un país que ama la paz y que respeta los derechos de todos. Si uno de nosotros deja mal parado al país, deja mal parada, también, a su bandera.

Bernardo: O sea que el respeto a la bandera exige del hombre que sea bueno, derecho, comprometido con su país.

Ana: Así es.

Danilo: La bandera es, entonces, como la mamá de uno. No es cosa de decirle puramente cosas bonitas, sino de ser un hijo digno de ella. Así que patriota no es el que habla, sino el que se hace digno hijo de su país.

Ana: Claro. A la bandera le gustan las dos cosas: un hombre bueno que, además, le dice cosas bonitas.

EL VELA

Una mañana, un curso de niños de una escuela primaria enfrentó un duro problema: un compañero, al que llamaban "el Vela", comunicó, a todos, que no podría seguir sus estudios porque su padre, vendedor de frutas secas en las calles, debía hospitalizarse por tres meses. El hijo tenía que salir a la calle a tomar el puesto del padre. No había más remedio que abandonar la escuela.

El curso se opuso a la separación entre el compañero y la escuela que hasta entonces había reconocido como suya. El curso pensó que el Vela podría cumplir la tarea insustituible de reemplazar al padre, en la calle; pero que, a los tres meses, terminado ya su trabajo, debería tener la oportunidad de volver a sus estudios escolares.

Cuando llegó la profesora, los niños le dieron a conocer lo que pasaba con uno de sus compañeros y también lo que el curso quería decir. La maestra escuchó, no dijo nada y fue a conversar el asunto con el director de la escuela.

Un rato después, director y maestra llegaron hasta el curso y el director pidió una aclaración:

"Si el Vela no viene a clases durante tres meses y después vuelve, se va a encontrar con un curso en el que todos ya leen y entienden las matemáticas y él se va a quedar sin aprender."

"¡Aprenderá!, contestaron los niños, porque, en la calle o en la casa, nosotros le enseñaremos."

El director accedió y, durante tres meses, los niños se organizaron para hacerle clases al compañero que trabajaría en la calle.

Santiago, un niño que ayudaba en el mercado vendiendo frutas y verduras, fue el que tuvo más directa responsabilidad en el aprendizaje de las matemáticas. Manuel, el niño que mejor leía las historias de los libros, fue

el que más ayudó al Vela en el aprendizaje de la lectura. Pero todos los niños ayudaron.

La enseñanza de los niños fue exitosa. Cuando el muchacho que trabajaba en la calle, a los tres meses, volvió a la escuela, tanto el director como la maestra se alegraron del avance que él había conseguido en el aprendizaje de los saberes que sus compañeros le habían enseñado. El niño siguió como alumno de la escuela y, como en los cuentos, todos fueron felices.

Pero el relato de lo aprendido en la calle, por el Vela, no había terminado todavía.

Entre las historias que le habían enseñado los compañeros, estaba la vida de un héroe que había muerto en un combate.

“Lo dejaron solo”, declaró el Vela. Y fueron del todo inútiles las explicaciones que sus compañeros, con libros en las manos, le entregaron. Para el Vela, el héroe había muerto porque sus compañeros, los demás combatientes, no estuvieron oportunamente a su lado.

Y pronto, los compañeros llegaron a advertir que el Vela había empezado a cuidar que nadie, en el curso, se quedara sin aprendizaje.

A veces, él mismo prestaba ayuda. Otras veces pedía a un compañero más capacitado que ayudara a otro niño a aprender.

Y el curso llegó a ser un grupo de seres humanos en el que todos aprendían, en el que ninguno quedaba sin el apoyo que necesitaba.

Pronto los niños y los maestros empezaron a hablar del curso en el que estaba el Vela. Era conocido como el curso en el que todos aprenden.

Y el día llegó en que ese curso en que todos los alumnos aprendían terminó su vivir en la escuela. No se sabe bien qué fue lo que los alumnos dijeron y acordaron esa tarde final.

Pero un año después, cuando todos los integrantes del curso vinieron, todos, a agradecer lo que, en la escuela, habían aprendido y alguien les preguntó cuál de todos esos aprendizajes era el más grande, se oyó de nuevo la voz tajante del Vela: "¿Qué fue lo más importante que aprendimos? A no dejar nunca solo a un compañero".

HORACIO⁷

Una mañana, diversos vecinos de la calle Puerto de Palos se reunieron para tratar un problema.

Un perro vago, de porte más bien pequeño, de pelaje corto y negro, con manchas amarillas en las patas y en las cejas, se había instalado en el lugar.

No hacía daño; pero, decían, afeaba la calle y, lo que era peor, significaba un peligro de enfermedad para las personas y los perros de las casas pues se veía desaseado y lo más probable era que no tuviera puestas sus vacunas.

Se dieron varias soluciones. Al final ganó lo propuesto por Atilio que consistía en llevar al perro hasta el otro extremo de la ciudad de Santiago y allá dejarlo abandonado.

Así se hizo. Atilio y su hijo Benito, con palabras cariñosas, atrajeron al pequeño can, lo subieron a una camioneta, atravesaron la gran ciudad, y, en un sitio lejano, lo bajaron. Después, emprendieron un veloz regreso.

Al llegar de vuelta a Puerto de Palos, informaron a los vecinos del éxito de su cometido y se fueron a almorzar. Durante el almuerzo, Benito discutió con su padre:

- No me gustó lo que le hicimos a Horacio.
- ¿Cuál Horacio?
- El perro, pues.

⁷Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo a leer comprensivamente un relato", CPEIP, 2003, Santiago, Chile.

- ¿El perro? ¿De dónde sacaste que se llamaba Horacio?
- Lo supe cuando lo llamábamos para que subiera a la camioneta. Al principio le dije: "ven." No hizo caso. Después, "perrito, ven." Me miró, solamente. Al fin, apurado, le inventé un nombre: "Horacio, Horacio, ven, vamos a pasear." Se puso, al instante, de pie y nos siguió.
- Eso no quiere decir que su nombre sea Horacio. Tú le hablaste con cariño; por eso, te siguió.
- Ahí está la causa de mi molestia. Él creyó en mi palabra y yo le fallé.
- Es que no había otra manera de sacarlo de aquí.
- Entiendo que era mejor que pegarle; pero me duele que haya confiado en mí y yo lo haya engañado.

Terminado el almuerzo, padre e hijo se tendieron en sus camas a leer revistas y a descansar.

Cuatro horas habrían pasado cuando, en la calle, se sintió el grito de los niños:

"¡Benito, Benito, el perro llegó otra vez!"

El muchacho saltó del lecho y, en segundos, alcanzó la calle.

Efectivamente, el pobre animal venía caminando con lentitud, agotado por el largo trayecto de cruzar una muy grande ciudad, llena de avenidas, de gente, de vehículos.

"Horacio", lo llamó, amistosamente, Benito. "¿Cómo pudiste volver? Vienes muerto de cansancio, te traeré agua y un poco de comida."

Los demás niños siguieron a Benito y, junto con él, observaron cómo el recién llegado se tomaba, a grandes sorbos, el agua y devoraba lo que le habían traído de comer.

Los adultos salieron también a ver lo que pasaba y miraron a Atilio, esperando su decisión. Atilio pensó un rato y después se dirigió a su hijo: "Si quieres que Horacio se quede aquí, lo llevas de inmediato al veterinario para que lo bañe y le ponga sus vacunas."

"¡Bravo!" -exclamaron los niños-. Luego, en la misma camioneta en que lo habían llevado para abandonarlo, ahora, el perro fue conducido al médico veterinario. Si antes fueron en el vehículo únicamente Atilio y su hijo, ahora iban todos los chiquillos de Puerto de Palos.

En la actualidad, Horacio tiene amo, casa y comida; pero una costumbre le queda del pasado: se pasa casi todo el día en la calle.

CAMPANA⁸

El director de una escuela había prohibido la presencia de perros en las inmediaciones del establecimiento. Tal disposición era obedecida por todos, particularmente por el portero que cuidaba de alejar a los canes que seguían a los alumnos.

Había un solo ser que rompía la norma: era Campana, un perro vago que se echaba lejos del portero y que, cada vez que la campana avisaba el recreo, corría y se afirmaba en la reja y gozaba con el juego de los niños.

Cada recreo era el mismo espectáculo. Al sonar la campana, salían los alumnos al patio, corría el animalito hasta la reja, el portero se ocupaba de sacar al perro. Los alumnos jugaban y, al mismo tiempo, estaban atentos a esa lucha que ocurría al otro lado de la reja entre el portero que se empeñaba en sacar al porfiado espectador y éste, que insistía en tomar parte en el recreo de los niños.

La historia siguió así hasta el día en que el director presidía una muy importante ceremonia. Esta recién comenzaba, cuando se abrió violentamente la puerta de la sala y un grupo de niños gritó: "¡Se llevan a Campana!" "¡Los hombres de la perrera se llevan a Campana!".

Ante el clamor, el director salió a ver lo que sucedía. Tres hombres habían laceado al animal y lo trasladaban hacia un carro mientras un grupo de niños, abrazados al perro, resistían.

"Estamos obligados a sacar a los perros vagos", los hombres informaron al director.

"¡No es vago, es de la escuela!", gritaban los defensores, sin soltar al perro.

"¡Sí, es de la escuela!", repitieron los demás niños.

⁸ Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo a contar un cuento desde el punto de vista de uno de sus personajes", CPEIP, 2003, Santiago, Chile.

El director no atinó a otra cosa que a plegarse a los alumnos.

“Es de la escuela”, manifestó.

Campana fue liberado y, junto al director y a los niños, ingresó a la escuela. Allí está todavía. Dicen que rara vez sale a la calle, le encanta la vida de la escuela. Y lo que más le gusta son los recreos.

NEBLINA, EL PERRILLO QUE VOLVIO DEL CIELO⁹

Un día, ocurrió, en la puerta del cielo, una extraña situación. Un perrillo, flacuchento, borroso, desteñido, con grandes voces, pedía entrar en el cielo para hablar con Dios.

“¡Quiero hablar con Dios! ¡Quiero hablar con Dios!”, sostenía.

Un ángel portero le pidió que volviera al cielo de los animales. Le dijo que, en la misma tarde, iba a ir, Dios, al cielo de los animales y que esa era la ocasión de presentarle cualquier demanda.

Pero el perrillo, lejos de tranquilizarse, exclamó con ira: “¡En la tierra no se puede hablar con Dios porque está en el cielo; y en el cielo tampoco se puede hablar con Él, porque no dejan! ¿Cuándo va a poder, uno, hablar con Él, entonces? ¿O es que hay que tener una especial presentación personal para poder ser recibido?”

En ese instante se abrió la puerta del cielo y un ángel dijo: “Háganlo pasar”.

Los ángeles porteros se apartaron para dejar libre el paso. Uno de ellos, confundido, abrió el libro en que se anotaban las personas que ingresaban al cielo; pero, luego, no supo qué hacer porque el nuevo huésped no era persona y no estaba prevista, en el libro, una sección destinada a seres que no fueran humanos.

Buscaba aún, el ángel, en su cabeza, una solución al problema de registrar el nombre del animalito cuando éste señaló: “Es inútil. No tengo nombre”. Y, rápidamente, se metió en el cielo.

Ante Dios, el perrillo estuvo, un instante, suspenso; pero, luego dijo precipitadamente:

⁹ Tomado de Gabriel Castillo. “Neblina, el perrillo que volvió del cielo”, CPEIP, 2002, Santiago, Chile.

"No tengo nombre, Don Dios, no tengo amo. No soy un perro de verdad. Todos los perros que están en el cielo de los animales se llaman por sus nombres y conversan de los amos que tuvieron. Algunos tuvieron amos buenos y otros amos malos; pero todos tuvieron nombre y todos tuvieron amo. Todos fueron lo que tenían que ser".

Dios intentó decir algo; pero el perrillo no aceptó ninguna interrupción.

"En cambio, yo fui citado al cielo sin haber contado con ningún hombre, ni viejo, ni niño, que hubiera reparado en mí; sin haber tenido nunca a alguien por quien velar, sin haber tenido jamás, cerca de mí, un ser humano que, al verle, yo pudiera decir ¡él es mi amo y yo soy yo, fulano de tal!"

"Sé bien que cuando vuelva al cielo de los animales y los otros perros empiecen de nuevo a comentar los nombres que sus amos les pusieron y las costumbres que tenían y las mil y una cosas que hicieron juntos, yo empezaré a sentirme nadie y desearé volver a la tierra para buscar la vida que no pude tener".

"Esto quiero pedir: que me permita usted volver, por algún tiempo a la tierra hasta hallar, en ella, un amo que me acepte a su servicio y que me llame por un nombre cuando necesite de mí".

Dios, que había escuchado, al animalito, atentamente, contestó: "Vamos a hacer como tú quieres. Volverás un tiempo a la tierra hasta encontrar amo y nombre. Luego regresarás al cielo".

"No siempre salen las cosas como uno quiere -advirtió- pero estar con los hombres hace, de todas maneras, bien. Anda, recomienza tu vida en la tierra".

El perrillo feliz, agradeció a Dios lo que hacía por él y, acompañado por un ángel, rehizo el camino hasta la puerta del cielo. De ahí, el ángel lo acompañó hasta la tierra para dejarlo buscar la vida que quería.

"En la tierra no podrás conversar como en el cielo, -lo previno-. Por muy claro que hables, los hombres no te

entenderán. Tú tampoco comprenderás bien lo que las personas dicen. Tendrás mucho que adivinar”.

“Lo sé, lo sé”, aseguró el perrillo.

“Volverás a sentir dolor, hambre y frío”, habló, otra vez, el ángel.

“También lo sé, replicó el perrillo; pero todo será llevadero si aparece un hombre. Déjame, por favor, en la misma calle en que me encontraste. Quiero el lugar y las calles en que antes viví”.

Dejó, entonces, el ángel, al perrillo, en la acera y junto al muro en que lo había encontrado la vez que lo había llevado al cielo.

Se apartó el ángel. Y el frío, la espesa bruma, el hambre y la soledad cogieron al perrillo. Ya casi perdía el sentido, cuando vio venir, por entre la neblina de la noche, la figura de un hombre.

Después sintió una voz cálida, unos brazos que lo levantaban con cuidado y el calor tibio de una manta que lo envolvía.

“Gracias, Don Dios”, musitó. Y se quedó dormido.

...

El hombre que rescató al perrillo resultó ser el viejo Matías, un carpintero que vivía solo y pobremente, diseñando y componiendo muebles que le solicitaban o le mandaban arreglar.

Cuando encontró al perrillo, Matías venía de La Cristobalina, una cocinería a la que iba por las tardes a cenar. Lo trajo a su casa pensando devolverlo a su amo al otro día; pero, cuando nadie lo reclamó y el perrillo se obstinaba en quedarse con él, Matías lo aceptó como su compañero, le arregló un rincón en el taller y, sin pensarlo mucho, le puso nombre.

“Te llamarás, Neblina, le dijo, ya que, en la neblina, te encontré. Vamos a ver –agregó palmoteándole amistosamente el lomo– cómo sales para el trabajo de la madera”.

El animalillo no comprendió todo lo que le dijo el viejo; pero, entendió claramente que se llamaba Neblina. Y este nombre le pareció el más hermoso de los nombres que había oído, mucho, pero mucho más hermoso que los nombres de los perros que había conocido en el cielo de los animales.

A partir de ese primer encuentro, Matías y Neblina vivieron juntos varios años. En todo ese tiempo anduvieron juntos, trabajaron juntos y no se apartaron ni en las buenas ni en las malas.

Se levantaban temprano en las mañanas, tomaban un breve desayuno, trabajaban luego en el taller, iban después a almorzar donde La Cristobalina, seesteaban un rato en la plaza del pueblo, volvían al trabajo, retornaban donde La Cristobalina para la cena y, al fin de la tarde, regresaban a la casa y se acostaban a dormir. Por el camino, y más todavía donde la Cristobalina, saludaban y conversaban con las personas y los animales y las plantas y las cosas que encontraban.

Esta vida, aparentemente igual, no aburría en nada al perrillo. Por el contrario, era vista por él como extraordinariamente variada y distinta.

Un día, por ejemplo, había que buscar un pegamento, otro día una herramienta o un clavo o un tarugo. Un día, el aire se llenaba con olor a álamo, otro día con olor a mañío o a raulí. Un día, el aserrín caía sobre la tierra húmeda; otro, se subía por el viento y se metía en los ojos y las narices.

Hasta la siesta en la plaza era cada vez diferente porque una vez correteaba el perrillo a las palomas, otra se ponía a retozar con algún perro amigo que por ahí pasaba, otra olfateaba gozosamente el pasto y la tierra recién mojada, otra escuchaba embebido la música del orfeón municipal.

Pero nada más variado y fascinante que el paseo en la tarde de vuelta al hogar.

Todo el camino era un largo compartir de Neblina y Matías. Caminaban a veces uno al lado del otro, sumidos en sus propios pensamientos, a veces entablando un diálogo en el que cada cual, en su lenguaje, decía al otro la alegría de su amistad.

En ocasiones, cuando Matías había bebido más de la cuenta, y su caminar tomaba un ritmo incierto, Neblina asumía una actitud protectora. Le abría camino, lo esperaba paciente cuando demoraba el paso, celebraba con entusiasmo sus palabras afectuosas y se hacía el sordo ante sus maldiciones.

No fue una vida larga ni una vida cómoda la que pasó Neblina con Matías; pero el perrillo la sintió suya y se estuvo a sus anchas en ella.

Y el día llegó en que Dios estimó que la promesa hecha a Neblina estaba cumplida. Llamó, entonces, al ángel encargado del cielo de los animales y le pidió que enviara a alguien a la tierra en busca del perrillo. Éste y Matías dormían cuando llegó el ángel hasta ellos y tocando suavemente a Neblina lo invitó a partir.

Neblina tuvo pena de dejar a su amo; pero reconoció que Dios tenía razón al mandarlo llamar.

Rozó, tiernamente, con su cabeza, las manos de Matías y se fue con el ángel al cielo.

...

En el cielo de los animales, se estuvo todo el primer día, Neblina, parlotando y contando, a los demás perros, el nombre que tenía, las bondades de su amo y las andanzas que juntos llevaron en la tierra. Pareció a todos que se iba a pasar la vida entera hablando y volviendo a contar su historia con Matías.

Sin embargo, al día siguiente, no contó más su historia y empezó a visitar asiduamente la portería del cielo de los seres humanos. Allí estableció amistad con los ángeles porteros y, por ellos, supo el día y la hora en que el carpintero sería llamado al cielo.

Esperó impaciente ese día y, cuando llegó, corrió a recibir a su amo.

Cuando éste apareció, no se dijeron nada. No se hablaron nada. Sólo un abrazo y lágrimas los tuvo un largo tiempo unidos.

Después, tomó el perrillo a Matías de la manga y se encaminó con él, resuelto, hasta la puerta del cielo:

“Tengo que hablar con Dios”, manifestó. “Me autorizó para viajar a la tierra y me indicó que, al volver, me presentara ante Él. Indicando, luego, a Matías: “Este es mi amo, su nombre es Matías. Lo llevo ante Dios, se lo voy a presentar”.

Y, antes que el ángel portero atinara con alguna respuesta, ingresó con su amo en el cielo.

Neblina se encaminó, sin dilación, a la casa de Dios.

“Aquí estoy de nuevo, Don Dios”, saludó, “me llamo Neblina y este es mi amo, Matías”.

“Lindo nombre, tienes”, declaró Dios. Luego saludó cariñosamente al carpintero: “Me alegro mucho de verlo don Matías”.

“El gusto es mío, Señor”, balbuceó, Matías, alegre y sorprendido.

Se dirigió, entonces, Dios, a Neblina.

- ¿Estás contento ahora?
- Mucho. Sólo que algunas cosas no han resultado bien.
- Yo te lo advertí. La vida en la tierra...
- No. Si es aquí en el cielo donde me va mal.
- ¡Cómo! Tienes amo, tienes nombre, están tú y tu amo en el cielo. ¿Te va mal, todavía?
- Mi amo y yo no podemos vivir separados.

- No estarán propiamente separados. Entre el cielo de los seres humanos y el cielo de los animales no hay más de cien pasos. Pueden visitarse cuantas veces quieran.
- Pero no estaríamos juntos. ¿Qué sentido tiene estar uno en un cielo y el otro en otro? ¿Cómo va a ser cielo el lugar en que los seres que han vivido juntos tienen que estar separados?

Dios no respondió. Se quedó, un momento, en silencio.

Al fin, repuso:

"Bien, quédate junto a tu amo. Busquen juntos un lugar donde quieran vivir sin separarse más".

"¡Este sí que es Dios!", prorrumpió, Neblina; y abrazó a Dios fuertemente.

Luego, en un gozo indescriptible, invitó a Matías: "¡Vamos! ¡Te mostraré el cielo!" "Volveremos", le expresó a Dios. Y se fue con su amo por las calles del cielo. Su hablar entusiasta se oía desde lejos: "¡Viviremos juntos! ¡Y sin fin! ¡Y con nosotros vendrán a vivir la Cristobalina y todos los amigos de la cocinería y vendrá también don Sabino, el del quiosco de diarios y la señora Rosaura, la lavandera; y vendrá Marcelino, el de la verdulería con su carretela y su caballo; y vendrán el perro Barry, el Tigrillo y la Luna y vendrán la parra y la higuera y las maderas y las herramientas y la fuente de agua, todo lo que conocimos!"

Dios, escuchaba a Neblina sin decir nada.

Al fin, sonrió y dijo despaciosamente: "Habrás que hacer un cambio en el orden del cielo..."

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ¹⁰

Personajes:

- **Ariel**
- **Carla**
- **Bruno**
- **Profesor**

Profesores de una escuela básica que visitan al Profesor a quien consideran su maestro.

Lugar: Oficina de trabajo del Profesor.

Ariel: Buenos días, profesor.

Bruno: Profesor, buenos días.

Carla: Buenos días, profesor, se le ve bien.

Profesor: (Con humor.) Hasta ahora estaba bien; buenos días a todos.

Ariel: Si molestamos...

Profesor: No. Lo que sucede es que, por las caras que traen, vienen a pedir alguna ayuda y yo no sé si seré capaz de darla. En todo caso, ganas le pondré.

Ariel: Profesor, haremos la petición directamente. Necesitamos tratar el tema de la paz con los niños. Tenemos varias ideas: pero igual nos queda alguna inseguridad.

Profesor: Los entiendo muy bien. Se van a meter entre las patas de los caballos.

¹⁰ Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo que la paz es producto de la justicia", CPEIP, 2003, Santiago, Chile.

- Bruno:** ¿Entre las patas de los caballos? ¿Y cómo y por qué? El tema de la paz es un tema agradable, unitivo, no le molesta a nadie.
- Carla:** Y hemos reunido varios documentos sobre el tema. No estamos tan desprovistos como usted parece suponer.
- Profesor:** Material hay suficiente. Es el tema el difícil.
- Ariel:** La visión de la guerra, las imágenes de la guerra, conmueven profundamente a los niños y los motivan a conversar sobre la maldad de la guerra y sobre lo deseable que es la paz.
- Bruno:** ¿Vio usted, profesor, esa imagen de la guerra en Irak en la que un grupo de soldados apuntan con sus fusiles a una familia irakí a la que obligan a estar de rodillas en el suelo y con las manos en alto?
- Carla:** ¿No lo impresionó la cara de la niña pequeña para quien esa experiencia era tan incomprensible?
- Profesor:** No me recuerden esa imagen que he sufrido horas largas con ella. Y la he sufrido doblemente.
- Ariel:** ¿Doblemente?
- Profesor:** Sí. Porque he visto la misma cara de esa niña aquí en nuestra ciudad.
- Bruno:** ¿La misma cara de la niña de Irak en nuestra ciudad? ¿Así de rodillas? ¿Así de asombrada?
- Profesor:** Niños y niñas como la niña de Irak; pero no con las rodillas de su cuerpo en el suelo, sino con el alma de rodillas; no con su cara asombrada ante los fusiles,

sino al no poder entender por qué no tienen comida; o por qué no tienen vivienda; o por qué no pueden aprender en la escuela.

Bruno: La diferencia está en que nosotros pretendemos suscitar la valoración de la paz a partir de los males que ocurren en la guerra y usted...

Profesor: Yo parto desde los graves males que ocurren en la guerra y también desde los males que ocurren donde no hay guerra y eso todos los días. Todos los días hay niños que, como en la guerra, no logran entender para qué los llamaron a vivir si después no les iban a cuidar su vida; para qué los hicieron nacer con talentos si después no los iban a dejar descubrir y emplear los talentos con que nacieron; para qué les entregaron la más alta dignidad existente en la naturaleza si después les iban a pasar por encima de esa dignidad.

Ariel: ¿Sabe, profesor? Lo que pasa es que usted está pensando en la justicia y nosotros estamos hablando de la paz.

Bruno: No. Parece que nosotros nos hemos detenido mucho en la paz como en la antiguerra y el profesor ha ido más allá.

Carla: Yo creo que el profesor entiende la paz como la han entendido grandes luchadores por los más pobres y por los derechos humanos como Teresa de Calcuta, Mahatma Gandhi o Martin Luther King. Por cierto que, a ellos, no les gustaba la guerra; pero tampoco, en épocas sin guerra, les gustaba la presencia de la injusticia.

- Profesor:** Yo comparto la admiración de Carla por Teresa de Calcuta, Mahatma Gandhi y Martín Luther King; pero tengo que declarar que mi visión de lo que es la paz y de cómo hay que buscarla, la tomé del profeta Isaías.
- Bruno:** Por favor, ¿qué dice ese profeta? Debo reconocer que no lo he leído.
- Ariel:** ¿Cómo el producto de la justicia? Nosotros estamos elaborando un plan para suscitar el diálogo, el entendimiento, la buena relación.
- Profesor:** Eso no está mal. Pero hay que saber que la paz no sobreviene cuando aparece el diálogo, sino cuando aparece la justicia.
- Carla:** ¿Cómo actuaría usted si quisiera suscitar el interés por la paz en nuestras escuelas básicas?
- Profesor:** Suscitaría el interés por la justicia. La paz llegaría sola, llamada por la justicia.
- Ariel:** Entonces cambio la pregunta. ¿Cómo suscitaría el interés por la justicia en la escuela?
- Profesor:** Mostrándoles a los hogares, a las comunidades, a los niños, a los profesores, que la educación básica es una necesidad elemental, irrenunciable, de todos los niños. Que no puede haber niños sin su educación básica. Que la educación básica es un bien mínimo, al igual que un vestido mínimo o una alimentación mínima.
- Bruno:** Pero hay niños que no tienen cómo conseguir ni una alimentación mínima ni un vestido mínimo. Hay niños que no tienen ni siquiera un mínimo de hogar

porque sus padres se han despreocupado de ellos.

Profesor: ¿Se puede educar a esos niños para la paz?

Ariel: Sí, si desde alguna parte, se les ayudase a satisfacer esas necesidades mínimas que, por ahora, no pueden satisfacer.

Bruno: Tiene razón, entonces el profesor. Sólo si se les hace justicia a su necesidad de vivir como seres humanos, sólo entonces podrá hablarse, con los niños, de paz.

Ariel: Pero, fuera de pensar, de soñar, ¿esto se puede hacer?

Profesor: ¿Lo tenemos que hacer?

Carla: Lo tenemos que hacer; pero las dificultades son muy grandes.

Profesor: Pero, si aceptamos que lo tenemos que hacer, vamos a tener que empezar a hacerlo.

Carla: ¿Por dónde empezaría usted?

Profesor: Por hacer bien lo que ya estamos haciendo. ¿Están aprendiendo todos los niños? ¿Cada cual puede partir desde donde, al presente, está? ¿Cada cual puede empeñarse en alcanzar las metas más altas a las que él pueda llegar? ¿Cada cual puede ayudar a otro que necesite su ayuda? ¿Cada cual aprende, entiende, se mete adentro del conocimiento y no se queda en la sola corteza? ¿Cada cual aprende primero lo fundamental y sólo si le queda tiempo aprende otras cosas que no son tan fundamentales? ¿Cada cual, al aprender un saber, aprende juntamente a ser un

mejor ser humano? ¿Sabes todo esto los hogares? ¿Sabe todo esto la comunidad?

- Bruno:** Yo creo que estamos haciendo eso.
- Ariel:** Lo estamos haciendo; pero es difícil.
- Carla:** A mí me cuesta mucho suscitar las ganas de aprender en esos niños que llegan tan desprovistos, a los que les faltan hábitos fundamentales, a los que les faltan valores, a los que tienen pocas palabras, a los que tienen desgano, a los que sienten agresión...
- Profesor:** ...estos son los que pierden en la escuela básica.
- Ariel:** Pierden antes.
- Profesor:** Pierden antes y también pierden en la escuela. ¿A estos niños les van a hablar de la paz?
- Carla:** Ahora entiendo mejor lo de las patas de los caballos. Como Carla Vergara que soy, yo hablaré de la paz con todos los alumnos míos. Y haremos, entre todos, la justicia. Los que pierden en la sociedad, y que, por eso, pierden también en la escuela, desde ahora, conmigo, ya no perderán.
- Bruno:** Carla es muy querida por las familias de los niños y por otras personas de la comunidad. Ella puede hacer la afirmación que ha hecho y yo creo absolutamente que la cumplirá. Yo no me atrevo a hacer una afirmación tan fuerte como la de Carla; pero trataré de acercarme a ella.
- Ariel:** Hay hartito de sueño en esto; pero lo que ha decidido Carla me da valor. Sola no quedará.

Profesor: ¡Qué buena ha resultado esta conversación! Hay tres maestros más que van a entrar al campo de los niños que han sido perdedores en la sociedad y en la escuela y los van a ayudar a aprender, a ganar, por fin, en la escuela y en la sociedad.

Bruno: Nos ha sido muy útil, profesor, esta conversación. Muchas gracias a usted.

Ariel: Así ha sido, profesor. Muchas gracias.

Carla: Yo estoy un poco asustada de mi promesa; pero la promesa está hecha y está hecha delante de ustedes. La pelearé; todos mis niños, conmigo, aprenderán. Como dice el profesor, los más pobres, los con menos educación antes de la escuela, en la escuela deberían saber lo que es ganar, deberían saber lo que es educarse y aprender. Con Carla Vergara, los más pobres ganarán.

Profesor: Carla, tú has decidido que los niños que llegan mal preparados a la escuela, los sin hábitos, sin saberes, sin palabras, sin valoración de su vida, contigo también crecerán y también aprenderán. Eso es una maravilla. Pero, para no tener este trabajo todos los años y también –y esto es lo realmente importante– para que esos niños no esperen llegar a la escuela para ser tratados por fin como seres humanos, ¿se podría hacer algo para empezar la humanización, la educación, de esos niños desde más temprano, desde los cinco, desde los cuatro, desde los tres o menos años?

Carla: Eso sería buenísimo y muy necesario. Un camino claro es el parvulario que mi escuela tendrá el próximo año. Desde ahí podríamos empezar a ir más abajo todavía para, con los hogares y con otros

grupos e instituciones de la comunidad que compartan nuestra visión educativa, asegurar la humanización deseable y temprana de los niños.

Profesor: Eso sería hermoso, haría justicia desde temprano a los niños.

Carla: Y la paz, para ellos, empezaría también más temprano.

Bruno: (Con humor, al profesor.) Y nosotros estaremos puramente dibujados aquí. Toda la tarea ha sido solamente para Carla.

Profesor: Es que es una tarea más difícil.

Bruno: Como sea, yo quiero imitar también, aunque sea más lentamente, la acción de Carla.

Ariel: Yo no protesto. La primera tarea que antes nos dio, la de que los niños que ahora tenemos en la escuela todos aprendan, ya me es difícil; pero no me separaré de Bruno. Si él se atreve a seguir a Carla, en la tarea de educar a todos los niños que ahora tiene en el primer año; si, al mismo tiempo, se arriesga a iniciar una acción de educación de los niños que todavía no llegan hasta la escuela, yo también me atreveré.

Profesor: ¡Qué agradable ha sido esta conversación! ¡Ha sido éste, para mí, un lindo día!

Carla: ¡También para mí, profesor! Me voy preocupada, pero contenta.

Ariel: Yo agradezco mucho, profesor, esta conversación. Sé que, por ahora, no soy capaz de repetir lo que Carla va a hacer;

pero mi palabra es mi palabra: aunque sea de lejos, no la dejaré sola.

Bruno:

Llegamos felices a conversar sobre la paz. Ahora me voy un poco aproblemado. No sé si seré capaz de seguir a Carla; pero la miraré, hablaré con ella, no me quedaré con los brazos cruzados. Hay una cosa muy clara para mí: es hermoso hablar de la paz, es más hermoso hacerla; pero no es nada de fácil. De todas maneras, muchas gracias, profesor.

Profesor:

Sigo creyendo que éste ha sido un lindo día.

"EL SILENCIO DE JUAN"¹¹

Personajes por orden de aparición:

- **Juan**
- **Ana**
- **Laura**

En la casa de Laura.

Juan: ¡Hola, Laura!

Ana: ¡Hola!

Laura: ¡Hola! Les pedí que vinieran para ayudarme a tomar una decisión.

Ana: Nos llamaste y vinimos.

Juan: Ojalá te seamos útiles.

Laura: Muchas gracias. Perdonen que, sin más, vaya al punto.

Juan: Vamos.

Laura: Recuerdan que el profesor nos encargó que, basándonos en un texto literario, cada uno diserte sobre algún aspecto del amor en la pareja humana.

Ana: Sí.

Juan: (En tono afectuoso) ¿Nos podemos sentar?

Laura: ¡Perdón! Siéntense, por favor. (Todos se sientan)

¹¹ Tomado de la Separata de Gabriel Castillo y otros. Guías de Aprendizaje para una Escuela de Anticipación, "Aprendo lo que dos sonetos de Neruda me dicen sobre el amor en la pareja humana", CPEIP, 2001, Santiago, Chile

Juan: (A Laura). Lo hice por jugar. Tú tomas tan en serio todas las cosas...

Ana: ¿Qué texto literario elegiste?

Juan: Ojalá no sea un texto sobre el amor de personajes de novela. Si vas a hablar del amor entre un hombre y una mujer reales, tienes que escuchar a una mujer real que haya amado de verdad a un hombre real. O a un hombre real que haya amado de verdad a una mujer real.

Laura: ¿Ese hombre podría ser Pablo Neruda?

Juan: ¿Ese hombre?, ¡Sí! Él supo lo que era amar profundamente a una mujer y también supo decírselo.

Ana: Eso es verdad.

Juan: Y la mujer que él ama no es ni una princesa de cuento, ni un ángel, ni un hada, sino una mujer de carne y hueso que, junto con tener espíritu, tiene también cuerpo.

Laura: El trabajo que yo tengo versa sobre un soneto de amor de Neruda.

Juan: Ese ha de ser un buen trabajo sobre el amor real entre hombre y mujer.

Ana: Pero un hombre real puede contarle su amor a una mujer real aludiendo o no aludiendo a su cuerpo.

Laura: Si un hombre me amara a mí de tal manera que llegara a hablarme como aquel soneto lo hace, yo entendería que me amaba a mí entera, con todas las partes de mi cuerpo, con todas las partes de mi alma.

Juan: ¿Tan maravilloso es ese soneto?

Ana: ¿Cuál es?

Laura: (Se pone de pie). Lo tengo escrito en un cartel para la lectura que haré ante el curso. (Presenta el cartel o la transparencia a Ana y a Juan. Lee el poema en voz alta. Juan y Ana siguen la lectura en silencio).

Soneto LXIX

Pablo Neruda
Cien Sonetos de amor

*Tal vez no ser es ser sin que tú seas,
sin que vayas cortando el medio día
como una flor azul, sin que camines
más tarde por la niebla y los ladrillos.*

*Sin esa luz que llevas en la mano
que tal vez otros no verán dorada
que tal vez nadie supo que crecía
como el origen rojo de la rosa.*

*Sin que seas, en fin, sin que vinieras,
brusca, incitante, a conocer mi vida,
ráfaga de rosal, trigo del viento.*

*Y desde entonces soy porque tú eres,
y desde entonces eres, soy y somos,
y por amor seré, serás, seremos.*

Juan: Me gusta el ser humano Pablo Neruda, me gusta el poeta Pablo Neruda, me gusta cómo habla del amor a una mujer Pablo Neruda; pero, este poema de amor no me parece tan directo como yo hubiese querido.

Ana: (Mirando hacia el poema). ¡Es hermoso, hermosísimo! Pienso como Laura. Así me gustaría que alguien llegara a amarme a mí.

Juan: ¿Pueden explicarme eso?

Laura: Yo no puedo explicar nada. Lo que yo sé es lo que este poema me dice a mí. Yo sé lo que yo entendería si un hombre me escribiera a mí este soneto.

- Ana:** Eso mismo es lo que puedo hacer yo. Si un hombre me escribiera este soneto a mí, yo entendería algo como lo siguiente: "Antes de ti, yo era sólo lo que era; pero, cuando te vi, descubrí que era posible vivir con una belleza y con una altura que hasta entonces no había conocido. Creo que si no me hubiera encontrado contigo yo no habría sabido lo que era realmente existir."
- Laura:** A mí me habría dicho algo más todavía: "Al amarte, al querer lo que tú eres, han empezado a crecer, en mi interioridad, fuerzas de vida que, antes de ti, no habían surgido. Al amar tu ser, mi propio ser ha comenzado a seguir su verdadero camino. Antes de ti, tú eras y yo no era. Ahora, yo también soy, los dos somos, los dos seremos."
- Juan:** Me gusta ver a una mujer como "ráfaga de rosal", como "el trigo del viento".
- Laura:** Todas son insistencias en lo mismo, todas son un reconocimiento de lo que el ser amado es.
- Ana:** El amor es muy persistente, vuelve a declarar con distintas palabras las mismas cosas.
- Laura:** Si alguien me dijera que soy una flor azul, yo entendería que soy un ser delicado, hermoso y, al mismo tiempo, un ser ideal, de ensueño.
- Ana:** Te sentirías como aquella niña descrita por Darío que era "gentil como la princesa de un cuento azul".
- Laura:** Más todavía, como ese sueño de plenitud del poeta romántico Novalis. A ese sueño, él lo llamaba "la flor azul".
- Juan:** A pesar de lo hermoso que puede ser el poema, ¿no existirá otro más claro?

Laura: Aquí llegamos a la consulta que quiero presentar a ustedes. (Muestra el soneto XXV. Lo lee en voz alta. Sus dos compañeros siguen la lectura en silencio).

Soneto XXV

*Antes de amarte, amor, nada era mío:
vacilé por las calles y las cosas:
nada contaba ni tenía nombre:
el mundo era del aire que esperaba.*

*Yo conocí salones cenicientos,
túneles habitados por la luna,
hangares crueles que se despedían,
preguntas que insistían en la arena.*

*Todo estaba vacío, muerto y mudo,
caído, abandonado y decaído,
todo era inalienablemente ajeno.*

*Todo era de los otros y de nadie,
hasta que tu belleza y tu pobreza
llenaron el otoño de regalos.*

Ana: También es hermoso. Y es más claro.

Juan: Es ciertamente más comprensible que el otro soneto. (A Laura). Si quieres que todos te entiendan, usa este Soneto XXV.

Ana: (A Laura). Eso es verdad; sin embargo, si quieres no sólo que te entiendan todos sino que además, todos lleguen a aproximarse a lo que el amor es, yo emplearía el otro poema.

Laura: ¿Y si empleara los dos?

Juan: ¿Para qué?

Laura: De una parte, para que cada uno de los compañeros del curso elija el texto que, a él, le

muestre de manera más clara y más verdadera lo que el amor de la pareja humana es.

De otra parte, para que todos advirtamos que uno y otro poema son como las dos caras de una misma moneda.

- Juan:** ¿Las dos caras de la misma moneda?
- Laura:** En el primer poema, el poeta describe el ser que vino a su no ser. En el segundo poema, describe el no ser de él sin ese ser de ella.
- Ana:** En el primer poema, el poeta describe a la mujer amada. Ella había descubierto el sentido del existir y lo expresaba en lo que ella era, se veía en ella una vida de plenitud.
- Laura:** Ella le mostró a él lo que significaba realmente ser.
- Ana:** Y en el segundo soneto, el poeta se describe a sí mismo cuando aún no se encontraba con la mujer amada.
- Laura:** Él no sabía lo que era verdaderamente ser; existía, pero el existir que tenía carecía de sentido "Nada contaba ni tenía nombre."
- Ana:** Y en los versos finales de los dos poemas se describe lo que sucede en la persona cuando el ser amado llega:
"hasta que tu belleza y tu pobreza llenaron el otoño de regalos."
- Laura:** "Y desde entonces soy porque tú eres, y desde entonces eres, soy y somos, y por amor seré, serás, seremos."
- Ana:** Juan ha estado en silencio.
- Juan:** He estado pensando en dos cosas.
- Ana:** ¿En cuáles?

- Juan:** Ustedes han reconocido lo que es el amor de la pareja humana en dos poemas escritos por un hombre a una mujer. ¿Estos poemas expresan también el sentimiento de amor de una mujer hacia un hombre?
- Laura:** Sí.
- Ana:** Tal vez habría palabras que una mujer no usaría.
- Juan:** ¿Cuáles?
- Ana:** No compararía al hombre con una rosa, con una flor azul, quizá no se referiría especialmente a un valor como su belleza.
- Laura:** Puede ser. Sin embargo, si yo no me atuviera a la cultura en la que me encuentro sino que dejara hablar libremente a mi corazón, yo no vacilaría en hablar, al hombre amado, de su belleza; y en compararlo con la flor, con el árbol, con el objeto hermoso que yo quisiese.
- Juan:** Déjenme expresar lo que yo he leído en los dos poemas.
- Laura:** Dinos, Juan.
- Juan:** Cuando una pareja humana se ama, ahí suceden dos cosas: una es que cada cual ve en el otro a alguien que le trajo sentido a su vida. Otra es que, al aprender a encontrarle sentido a sus vidas, los seres que se aman dan también con el sentido total de la vida humana, con el sentido de la vida de los demás seres humanos, con el sentido de la naturaleza y de las demás cosas.
- Laura:** Has visto tan bien lo que el amor es que no sé qué otra situación te ha mantenido en silencio.
- Juan:** Lo que pasa es que yo escogí el comienzo del capítulo XXXI de El Quijote.

- Laura:** ¿Ese diálogo entre Don Quijote y Sancho después que Sancho le llevó una carta de amor de Don Quijote a Dulcinea?
- Juan:** Justo, ese diálogo. Pero no lo escogí para hablar del amor en la pareja humana, sino para buscar una especie de burla de este amor.
- Ana:** Pero el texto que elegiste es también un texto hermoso.
- Laura:** Hay ahí una revelación sobre la visión que Don Quijote tenía de la mujer que amaba.
- Juan:** No sigan hablando que aumentan mi desazón.
- Ana:** Explícanos qué pasa con ese texto. Si necesitas alguna ayuda nuestra, aquí estamos.
- Juan:** Lo que sucede es que yo trabajé ese texto sólo como una sátira del amor, como una burla del amor caballeresco.
- Ana:** Tal vez por eso nos dijiste en un momento que no habláramos de amores ideales sino de amores reales.
- Juan:** Sí. En ese Capítulo XXXI, Sancho ve una labradora que harnerea trigo y Don Quijote ve una princesa que ensarta perlas. Yo reí largamente con esa contradicción. Y la parte que me produjo más risa fue este diálogo.
- (Dirigiéndose a Ana le pasa un papel). ¿Puedes leer tú el texto de Don Quijote? Yo leo el de Sancho.
- Ana:** ¡Con mucho gusto! (Lee). *"Pero no me negarás, Sancho, una cosa; cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a darle nombre? Digo, ¿un tufo o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?"*

- Juan:** (Lee el texto de Sancho) *"Lo que sé decir es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa."*
- Ana:** (Lee el texto de Don Quijote) *"No sería eso sino que tú debías estar romadizado, o te debiste de oler a ti mismo; porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído."*
- Laura:** ¡Es hermosa la fuerza con que Don Quijote defiende a la mujer que ama!
- Juan:** Mi problema está en que yo he trabajado este texto sólo como una burla divertidísima del mundo idealizado en que se mueve un personaje utópico que ama a una mujer utópica.
- Laura:** ¿Qué te ocurre, ahora?
- Juan:** Ahora, advierto que, en un poema real, escrito por un hombre real, éste ve a una mujer real tal como Don Quijote veía a Dulcinea. El caballero idealizado decía que la amada era un lirio del campo y que con sus manos ensartaba perlas. El hombre real...
- Ana:** ...Pablo Neruda.
- Juan:** Ve a la amada como una flor azul que en la mano lleva una luz dorada. Y a ustedes y a mí nos parece que este hombre real no se ha salido de la realidad sino que está en la realidad verdadera, en la realidad real.
- Laura:** Ese texto que tú elegiste tiene en verdad un componente burlón; muestra el desajuste habitual que se produce cuando describen a una misma persona alguien que ama a esa persona y alguien que no la ama.

Ana: Pero el componente central de ese texto es el amor, poderoso, persistente y fiel de Don Quijote a una mujer que quizás no sabe que él la ama.

Juan: Esto es lo que yo no vi. ¿Me ayudarán ustedes a hacer el cambio en mi trabajo?

Ana: ¡Por cierto! ¿Cuándo empezamos?

Laura: Empecemos de inmediato. Si no podemos hacer que el amor reine en el mundo, al menos, podemos hacerlo reinar en el trabajo de Juan.

PROGRAMA DE ASEGURAMIENTO DE LOS APRENDIZAJES BÁSICOS
**Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones
Pedagógicas. CPEIP, Santiago de Chile
2011**